

Rincón de crónicas

Chimú

Fredy Peña Suescún

Mi relación con el tabaco se inició accidentalmente. Años atrás, un día en el que caminaba descuidadamente por el segundo piso de una edificación -de la que no recuerdo ni el nombre ni la razón por la que la visitaba en ese momento- arrastrando mi mano sobre un muro de medio cuerpo que funcionaba como reja del pasillo por el que se podía recorrer toda aquella segunda planta, me encontré una cajita blanca, cuidadosamente adornada en cada una de sus esquinas con unas llamativas franjas de color café, y que mostraba como figura central un camello sereno y tranquilamente parado en un paisaje desértico cuyo fondo era adornado por unas pirámides y una que otra palmera. Me acerque lenta y discretamente a mi descubrimiento para realizar un primer y agazapado examen. Para mi sorpresa y posterior provecho, lo que creí era algún tipo de relicario procedente del mismísimo Egipto, terminó siendo una cajetilla de cigarrillos, unos Camel, que alguien había dejado olvidada.

Con mi primera revisión me di cuenta de que la cajita, que pasó a ser cajetilla, estaba abierta y que sin embargo no faltaba ningún cigarrillo. Pensé que podría tratarse de alguna broma y que pronto aparecería alguien a reclamar mi hallazgo. Estuve un lapso considerable junto a la cajetilla, observándola, esperando que apareciera su dueño pero nadie se hizo presente. Me preguntaba qué hacer con mi descubrimiento: ¿Debía dejar los cigarrillos donde estaban? ¿Debía botarlos? O ¿Sería mejor llevármelos y regalárselos a alguien que pudiera sacarles provecho? El simple hecho de que la cajetilla hubiera estado en mi camino y de que hubiese merecido mi minucioso escrutinio me ayudó a solucionar el dilema: me decidí por la última opción. Sólo que por falta de búsqueda y exceso de curiosidad nadie se hizo merecedor de mi obsequio. Este encuentro fortuito terminó

iniciándome en un intenso viaje por el blanco, cálido y bastante oloroso abrazo del humo del cigarrillo, que no duro más tiempo del que tardé en fumarme los Camel. La verdad, lo mío no pasó de ser más que simple curiosidad.

Una relación mucho más duradera con estos cilindros fabricados con tabaco procesado fue la mantenida durante varios años por mi padre, para quien el cigarrillo fue un compañero asiduo. Nunca llegue a saber el porqué de su “vicio”, como él lo llamaba, pero sí que nunca estuvo a gusto con él. Mi padre era consciente de las problemáticas consecuencias del uso del cigarrillo, y tal vez por eso, y para evitar “educar con el ejemplo” a sus hijos -como suele ocurrir con las primeras lecciones que se aprenden en la vida- decidió cambiar de ese tabaco procesado, culpado de la gran cantidad de cardiopatías y problemas pulmonares actuales, hacia el más natural y amigable tabaco artesanal. ¿Cambio retórico? probablemente, sin embargo arrastraba consigo la profunda convicción educadora de un padre amoroso. Con tabaco artesanal me refiero al cigarro hecho con hojas de la nicotiana tabacum, planta originaria de América y que hoy, al igual que hace cientos –sino miles- de años se cultiva en algunos de nuestros pueblos y sirve de sustento a muchas comunidades, haciendo parte de la economía de regiones eminentemente agrarias. Familias enteras se encargan de la siembra, cultivo y recolección manual de las hojas de tabaco, las cuales son sujetas a un proceso de secado que consiste fundamentalmente en dejar que las hojas se marchiten al contacto con el aire. Finalmente personas diestras en el oficio de envolver estas hojas secas, fabrican rollos de aproximadamente un centímetro de diámetro y entre 10 y 12 centímetros de largo, entregando de esta manera el producto terminado.

A este producto, del cual pensó –al igual que yo lo hago- era más natural por su escaso contacto con sustancias químicas y procesos altamente tecnificados, fue al que mi padre decidió entregarle su adicción. Lo recuerdo sentado en su mecedora poco después de haber disfrutado de su almuerzo, con su presencia varonil y estilo patriarcal llevándose el tabaco a la boca, aspirando fuertemente para llenarse con una bocanada de humo blanco que segundos después era expulsado lentamente, de una manera que podía evocar algún tipo de ritual mágico con el que se buscaba la limpieza del cuerpo o la

comunicación con los espíritus. Este era para mí el universo del tabaco: cigarrillos y cigarros, los primeros altamente perjudiciales para la salud mientras que los segundos, según me decía mi padre, tenían algún tipo de efecto saludable sobre la misma, ya que su abuela, mi bisabuela, había vivido más de cien años, setenta de los cuales mantuvo un cigarro encendido en su boca. Pare de contar. Sin embargo una experiencia muy particular me enseñó que hay más de una manera de tener contacto con el efecto narcótico del tabaco.

Durante uno de los primeros viajes que tuve que realizar debido a las exigencias propias de mi trabajo, abandone mi natal Bucaramanga con la esperanza de un pronto regreso y de tener un apacible turno laboral. Mi destino fue la cima de una montaña enclavada dentro del territorio de la despensa agrícola de Santander, desde donde se divisaba un hermoso paisaje, y donde conocí a un personaje muy particular. Su nombre, José Avilés. José era un hombre alto, de contextura algo gruesa, de aspecto fiero, tez oscura, y al igual que yo, un visitante en aquella tierra. La primera impresión que me hice sobre él fue desagradable: cada cinco segundos de su boca salía una senda escupida que iba a estrellarse en cualquier lugar. Eso me pareció molesto e inclusive asqueroso. Sin embargo, mi trabajo hizo que a pesar de aquella sensación de alejamiento que instintivamente había desarrollado hacia dicho hombre me relacionara bastante con él. A veces el trabajo hace que hagamos cosas inesperadas. Me contó que era de los llanos orientales, y mientras que me decía eso perdió al menos tres litros de saliva. Era un reto para mí aguantar esa lluvia de fluido bucal.

Pasaban los días y mi contacto con aquel hombre se hacía cada vez más regular. Inclusive me estaba acostumbrando a su generoso servicio al medio ambiente al regar amablemente terrenos áridos con su abundante saliva. En una ocasión en la que entablábamos una conversación, o mejor, una ocasión en la que yo hablaba y el escupía, haciendo un esfuerzo sobrehumano lo miré a la cara (como acto reflejo directamente a la boca) y mientras arrugaba mi entrecejo me percaté de que su saliva, que asomaba coquetamente en las comisuras de sus labios, tenía un color especial. Arriesgando mi integridad física -eso creí, pues se dice que las personas que habitan la región llanera de

mi país son bastante atravesadas- le pregunté qué era lo que le pasaba. Su respuesta fue corta pero contundente: “Es chimú”. Yo nunca había escuchado nada sobre el tal chimú por lo que me dispuse a investigar.

Durante los días siguientes pude averiguar que el chimú es una mezcla de destilado de tabaco con sal, harina, y se dice que en algunas ocasiones lejía. Que el objetivo de la sal es favorecer la salivación, para de esta manera permitir la rápida absorción de la nicotina por el organismo valiéndose de la facilidad con que se mezcla con la saliva. Que la harina le da consistencia al destilado del tabaco, permitiendo formar con él una especie de pasta, que se puede transportar fácilmente y permite la dosificación del producto. De la lejía, no pude averiguar nada. Mi investigación me dejó con tal curiosidad sobre aquel menjurje hecho de tabaco, que decidí aprovechar mi contacto con José, consumidor asiduo, para preguntar por cualquier otra cosa que pudiera decirme. Busqué el momento adecuado para abordar al señor Avilés y atacarlo con todas mis inquietudes. Mi interrogatorio fue tan arduo, tan detallado y tan aburridor, que terminé siendo invitado a probarlo. Y en un momento de determinación y de seguridad total, momentos realmente escasos en mi vida, decidí hacerlo.

El hombre sacó de su bolsillo un royito hecho con una bolsa plástica de franjas azules y celestes, de aquellas en las que nos empaican las compras en cualquier tienda, y abriéndola, me mostró una masa viscosa, de color marrón oscuro y apariencia desagradable. Me indicó que debía tomar un poco de aquella masa y colocarla debajo de la lengua, detrás de los dientes incisivos inferiores, advirtiéndome que por nada del mundo pasara de la abundante saliva que se produciría en mi boca, pues si lo hacía, además del excesivo fluido que tendría que escupir, saldría abundantemente de mí otro fluido, igual de líquido, pero por el culo.

Seguí paso a paso sus instrucciones, y después de unos segundos me había convertido en una llama. Escupía a cantaros e indiscriminadamente hacia cualquier lugar. Momentos después me sentí montado en un carrusel.. todo a mi alrededor daba vueltas y mis piernas, a cada segundo que pasaba, perdían fuerza. Creí inclusive que caería de

bruces y que moriría ahogado en mi propia saliva. Al verme tan mal, José corrió a traerme un vaso con agua para que me enjuagara la boca y cortara de tajo la reacción que aquella sustancia me estaba provocando. Afortunadamente lo hizo. Una vez que el chimú dejó de tener efecto sobre mi mareada humanidad, y que algún tipo de pensamiento pudo ser hilado de manera coherente en mi cabeza decidí, al igual que lo hiciera mi padre, que si volvía a tener algún contacto con el tabaco sería únicamente con el tabaco artesanal.

Aunque creí que el chimú era un producto nuevo obtenido del tabaco porque nunca había escuchado de él, resultó que estaba completamente equivocado. De él, como lo pude comprobar posteriormente con mi búsqueda en algunos libros considerablemente antiguos, existen registros certeros. Por ejemplo, el padre José Gumilla, evangelizador jesuita de Venezuela y del Nuevo Reino de Granada se refiere al chimú como la quintaesencia del tabaco, y lo recomienda para la expulsión de las larvas de la mosca galofa, que se instala en el organismo huésped causando fiebre y dolores agudos. Este remedio contra lo que hoy conocemos como “nuches” era recomendado por el jesuita en 1741, según el Orinoco Ilustrado de 1944. En un libro de 1883 Ofrenda Literaria del Táchira, el señor José Gregorio Villafañe pone de manifiesto las características perjudiciales del chimú; y años después, en 1922, el general Pedro Sicard Briceño en su Geografía Militar de Colombia, utilizada como texto de enseñanza para la Escuela Superior de Guerra, hace una exposición considerable al referirse al chimú y su consumo en las regiones orientales del país.

Recientemente el chimú ha seguido apareciendo en reseñas y artículos de periódicos, en la mayoría de los casos siendo mostrado como perjudicial o costumbre poco higiénica. A manera de ejemplo, se pueden ver los siguientes titulares del diario El Tiempo: “El chimo, un vicio que consume a los Araucanos” o “Peligro, llanero escupiendo!”. Sin embargo, independiente de la posición que se tome al respecto, el gran protagonista sigue siendo el tabaco quien, tan común como un cigarrillo o un tanto más exótico como en el caso del chimú, continua estando presente en nuestra rutina diaria, al igual que en la de nuestros antepasados.